

LA FALTA

Paula Izquierdo

El día primero

Madrugada del domingo

Observé el cuerpo de un perro destripado en el lateral de la carretera. Los faros del coche alumbraron sus despojos durante unos segundos, antes de que girara el volante para adentrarme en la vía de servicio. Necesitaba llenar el depósito de gasolina y, de paso, tomaría un café doble para espabilarme. No había recorrido ni la mitad del camino y todavía me quedaban varias horas por delante. Empezaba a notar cierto hormigueo en las piernas y sentía la mirada entumecida; rayada por las líneas blancas que iban quedando atrás, pero que se reproducían incansablemente frente a mí. Estaba extenuado. Tal vez más que nunca.

La visión del perro muerto me recordó una historia estremecedora que había leído mucho tiempo atrás: este episodio fue lo único que retuve de aquel libro del que ni siquiera recordaba el título. El relato trataba de un hombre solo y su perro. El dueño temía por la vida de su animal de compañía. No era exclusivamente una mascota, sino el único ser vivo con el que trataba. No sabía cómo iba a ser capaz de mantenerlo a salvo, fuera del alcance de sus perseguidores, y decidió esconderlo para que no lo descuartizaran; algo que la policía había empezado a llevar a cabo, eficaz y sistemáticamente, con todos los perros de la ciudad. Sin embargo, el inocente dueño del perro desconocía que de quien debía preocuparse realmente era de sí mismo y que era su propia existencia la que corría peligro. Cuando los policías acabaron con los animales iniciaron el exterminio de los hombres hasta sumir a la ciudad en un silencio desértico.

Una vez llenado el depósito de gasolina, entré en el bar de la estación de servicio. Al abrir la puerta me vi obligado a entornar los ojos para que se fueran acomodando a aquel estallido de luz. En el local flotaba un olor rancio a fritura, y el humo, suspendido en el aire como una gran nube, enmascaraba el fondo del local. Caminé sobre un suelo mugriento hasta llegar a la barra de aluminio bajo la que se amontonaba todavía más basura. Mientras intentaba atraer la atención del camarero, pensé que quizá la gente fuera tan descuidada porque estos establecimientos son lugares de paso, lugares que, probablemente, no volverán a pisar en mucho tiempo, acaso nunca. Pedí un café doble. No conozco terrenos más disuasorios que las áreas de servicio: son espacios de nadie, en cierto modo parecidas a las estaciones o a los aeropuertos, pero era en las primeras donde se me desquiciaban las ideas; en ellas me hacía insoportablemente consciente de mi merodear por la vida.

Después de orinar, bebí el café doble, bien cargado, y encendí un cigarrillo. Terminado el café y consumido el cigarrillo, estuve a punto de aplastar la colilla contra el suelo; una prueba de mi paso por aquel lugar, pero me contuve y lo apagué en la taza. Mientras esperaba a que el camarero me devolviese el cambio, escuché las palabras que una anciana, con el pelo recogido en un moño, frente a una máquina tragaperras, le dirigía al hombre que tenía al lado, posiblemente su marido. Sólo veía sus espaldas, encorvadas, pero no pude evitar oír cómo ella le increpaba en un tono huraño y sin mirarle:

— ... eres tonto el culo, le has dado cuando no debías. Déjame a mí — añadió.

El hombre, algo más bajo que ella, con el pelo alborotado y la coronilla resplandeciendo bajo la luz implacable, siguió echando monedas mecánicamente, sin inmutarse.

Con el cambio en el bolsillo, salí aprisa, preguntándome qué de todo aquello me procuraba tal sensación de desasosiego. Quizá, pensé, mientras me dirigía hacia el coche por el sendero y viendo mi sombra proyectada sobre el asfalto, quizá el propio malestar me estaba pisando los talones.

De nuevo en la autovía apagada, mientras intentaba distraerme buscando alguna comparación convincente con aquellos locales que tanto me alteraban, volví a poner por enésima vez la única cinta que había encontrado en la guantera del coche: *La creación*, de Haydn. Tal vez las áreas de servicio fueran como la materia lipóide que se deposita a lo largo de las arterias. La equiparación no era muy acertada, pero se trataba sólo de un juego mental para mantenerme despierto y combatir las inmensas ganas de abandonarme en la cuneta, en un intento desesperado por no sucumbir al sueño, después de tres interminables días sin dormir, salvo pequeños lapsos en los que entraba en una especie de sopor, pero insuficiente para perder la conciencia. Sin conseguir zafarme de las patadas que la realidad se había empeñado en propinarme, hacía tiempo que me había convertido en un fardo, tirado en el suelo, doblado sobre mí mismo, intentando esquivar los golpes, aunque hasta entonces no hubiese sido del todo consciente.

Aquella mañana creí que iba a desmayarme; es cierto que había fumado una docena de cigarrillos tumbado en la cama, en ayunas, mientras amanecía en la ventana, aunque me empeñara en negarlo. Estaba tan absolutamente trastornado por la noticia que me acababa de dar Amalia, que el único gesto que fui capaz de repetir de forma refleja y compulsiva fue el de ingerir una cantidad suculenta de nicotina en cada calada. El timbre del teléfono había sonado alrededor de las cinco de la madrugada. Amalia me despertó llorando. Los hipidos apenas me permitían entenderla. No era la primera vez que lo hacía: llamarme de madrugada llorando, angustiada. Todos estamos llenos de miedos que se hacen más nítidos en la opacidad de la noche. También ella. Sin embargo, en esta ocasión, sus lágrimas eran distintas —sí, es cierto, estaba asustada—, pero su llanto parecía brotar de un lugar descono-

cido para mí. No fui capaz de llorar, ni siquiera de comprender el sentido exacto de sus palabras y mucho menos lo que aquello implicaba. Creo recordar que dije:

—No es posible.

Pero lo real se fue haciendo más y más nítido y afilado, a medida que la luz ocupaba el dormitorio, aunque yo no quisiera o no supiera creerlo.

Hacía meses que no veía a Sara. La última vez que nos encontramos fue el veinticuatro de diciembre pasado: pronto haría un año. Esta última era la vez que más tiempo había transcurrido sin verla. Las anteriores Nochebuenas, desde que había muerto nuestra madre, yo insistía en llevar a mi padre a cenar a casa, pero él siempre disponía de alguna buena excusa para no aceptar mi invitación. Coincidí con Sara aquella tarde de diciembre en la residencia. Nuestro padre estaba jugando la partida de mus de todos los días y no nos dedicó más que unas cuantas expresiones de satisfacción porque iba ganando. Estaba alegre. Nuestra visita le brindaba la oportunidad de demostrarnos lo brillante que seguía siendo en el arte del engaño. A mí, este juego, como casi ningún otro juego de cartas, me interesaba. La partida de mus parecía que no fuera a acabar nunca, pero Sara y yo decidimos quedarnos un rato más. Al fin y al cabo, estábamos en Navidades. Al fin y al cabo, era nuestro padre. Asistimos en silencio a todo un arsenal de palabras clave, de muecas prácticamente imperceptibles, de gestos de disgusto cuando le fallaban las cartas o no conseguía hacer una buena mano. Entonces farfullaba contando obsesivamente los amarracos de los contrarios y los obtenidos por él y su pareja, vigilando que los otros no le hiciesen trampa. Observándole, pensé que mi padre había dado con lo que más le gustaba hacer en la vida. Imagino que echaba de menos a mi madre. Sin embargo, viéndole disfrutar de esta manera, llegué a la conclusión de que por fin tenía la oportunidad de encontrarse a sí mismo, de gozar en el mundo. A pesar de su edad avanzada, seguía siendo un hombre hablador y entusiasta. Aquella vez, igual que siempre que nos encontrábamos, Sara y yo prometimos llamarnos algún día para vernos, quedar para comer. Sin embargo, también como tantas otras veces, esa llamada no se produjo. Incluso recuerdo que le propuse venir a cenar con nosotros, con mis hijos y con Amalia. Ella me dio las gracias, pero me explicó que lo de las Navidades no le gustaba nada y que prefería no ir. Y añadió:

—Otra vez será. Gracias.